

"Lacan, Genet Y Las Hermanas Papin"

(*) Escuela Freudiana De Buenos Aires – 18/12/03.

Carlos Horacio Bembibre

En nombre de la Comisión Directiva de la Escuela Freudiana de Bs.As. y en el mío propio, quiero darles la bienvenida a este espacio de trabajo. En realidad, es el segundo tramo de una experiencia piloto que estamos haciendo, intentando la intersección entre el discurso analítico y el discurso teatral. El primer tramo, fue la presentación en el Excéntrico de la 18 de "EL doble crimen de las hermanas Papin", presentación que nos ha conmovido, sin lugar a dudas. A posteriori sabremos si es dable hacer de espacios como este, un ciclo a través del cual podamos aprender de lo que los artistas nos enseñan.

Discúlpenme que rompa las normas de cortesía y toma la palabra en primer término. Ocurre que en esta ocasión, siendo la presencia de nuestra invitada el plato fuerte de la noche, conviene reservarlo en el lugar central que le cabe.

EL 2 de febrero de 1933, en la casa de la Rue Bruyère 6, en Les Mans, Francia, las dos sirvientas de la casa, las hermanas Christine y Léa Papin, asesinaron a sus patronas, Mme. Lancelin y Mlle. Geneviève Lancelin. Que ese doble crimen haya pasado a la historia de la criminalística, que haya generado un encendido debate jurídico-psiquiátrico, que haya convulsionado a toda una sociedad, que haya incidido en la modificación jurídica y penal de leyes concernientes a los derechos del personal doméstico, que haya producido coplas populares anónimas cantadas por las calles de Francia, que haya impactado en el surrealismo francés, que haya disparado la creación de una de las piezas teatrales de mayor impacto como "Las criadas" de Genet, que haya oficiado de contraejemplo de una tesis psicoanalítica como la de la paranoia de autocastigo de Lacan, que cincuenta años después haya precipitado la construcción de una fábrica del caso, todo eso está absolutamente articulado con que el acto criminal, silente, desprovisto de motivos, subsume en sí mismo, toda la locura del caso. Se trata de un caso que da que hablar y en cierta medida que no cesa de no dejar de hablar de él.

En el inevitable momento de espera de esta reunión, ustedes han escuchado la música



francesa de 1933, la música que se inmiscuía en las casas, que concitaba el canto de las personas. Tal vez la música nunca cantada por las hermanas Papin; quizás también la música nunca escuchada por ellas. Junto con la música, han podido amenizar –si podemos utilizar esa palabra- la espera con una copia del diario vespertino local La Sarthe del día del crimen. Ligeros elementos introductorios de lo que hoy vamos a trabajar juntos.

Agradezco entonces, la presencia de todos ustedes, de los miembros de la Escuela, de los adherentes, participantes de la red de enseñanza y amigos. Agradezco la presencia de algunas actrices que han trabajado en "El doble crimen de las hermanas Papin"También agradezco la presencia de amigos de otras instituciones como Agrupo, Escuela Sigmund-Freud Rosario, Colegio de Psicólogos de San Isidro y especialmente a los amigos de la École Lacanienne de Psychanalyse, institución en la cual surgió el texto que ha guiado tanto el trabajo teatral que hemos visto como mi abordaje al caso. Me refiero al texto de Jean Allouch, Mayette Viltard y Eric Porge, "El doble crimen de las hermanas Papin".

Agradezco también en mi nombre y en nombre de la Comisión Directiva de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, la participación de la Señora Cristina Banegas, ya amiga de la casa, quien en esta ocasión hace su tercera intervención con nosotros.

En primer lugar, me siento obligado a contarles una pequeña historia.

Hace algunos años, llevado por el impacto de mis primeras vueltas sobre el crimen de la Medea de Eurípides, con un grupo de amigos configuré un espacio de trabajo, un espacio de investigación que dio en llamarse "Mujeres asesinas". Ese grupo numeroso, estaba integrado por la Sra. Banegas, Clara Cruglak, Haydée Heinrich, Cristina Sáenz, Élida Fernandez, Estela Gurman, María Bernarda Pérez, Liliana Cohen, Viviana Dreidemie, Guillermo Serret y yo. En realidad, el espacio cayó sin que mediara la más mínima explicitación por nuestra parte. Cayó el espacio, pero no el interés. Sin embargo, ninguno de nosotros hizo el menor gesto para retomarlo, aún cuando hubiera ganas de hacerlo. Ahora pienso que a todos nosotros nos dio cosa tanta sangre y creo que huimos antes de que nos salpicara.

Dado que el tema se centraba en el crimen y especialmente en los cometidos por mujeres, decidimos trabajar –como corresponde cuando de mujeres se trata- una por una, las mujeres asesinas más resonadas, para lo cual hicimos un extenso catálogo. Dado el movimiento de intersección de dos discursos como el psicoanalítico y el artístico, decidimos comenzar con el doble crimen de las hermanas Papin, puesto que ahí teníamos trazas ya forjadas para esa intersección posible como el texto de Lacan de 1933 "Motivos del crimen paranoico", la pieza teatral de Jean Genet "Las Criadas", y el texto de Allouch, Viltard y Porge que les comenté.

De ese primer acercamiento a los textos, después de la disolución de un trabajo que apenas



había comenzado, la señora Cristina Banegas fue la única que lo retomó hasta el punto de plasmarlo en una impactante muestra teatral.

En este sentido quiero expresar mi mayor agradecimiento a Cristina, no sólo por la belleza de lo que forjó, sino por relanzar las ganas de retomar el trabajo interrumpido.

En una entrevista a Jean Genet realizada por Bertrand Poirot-Delpech en 1982, el entrevistador le pregunta si un lector puede ser modificado por la operación misma de lectura. Concretamente le pregunta si para él hubo libros que lo modificaron. Genet no acuerda. Piensa que un lector no es transformado por un libro.

Aun cuando respete esa experiencia, reconozco que no es la mía. En ese sentido, yo diría que soy más bien proustiano. En el texto de Marcel Proust titulado "Sobre la lectura", escrito en relación a su traducción de la obra de John Rushkin, Proust dice algo así como que lo que para el autor es una conclusión, para el lector es una incitación. De eso sí yo puedo dar testimonio. Creo que cada uno de nosotros tiene una especie de catálogo de textos que han ido más allá del impacto efímero y se han convertido en textos incitantes que han marcado nuestra inclinación o trabajo, incluso que nos han modificado.

Por ejemplo, en lo que a mí respecta, y en lo que se refiere a mis reflexiones sobre las psicosis, hay tres textos claves que marcaron mi práctica y posicionamiento que se pretende al menos eventualmente y acotadamente no psiquiátrico. Esos textos pilares –a mi gusto de la posición del analista en el encuentro con las psicosis- son: "La historia de la locura" de Michel Foucault, el "Breve discurso a los psiquiatras", conferencia de Lacan de 1967 en Sainte Anne y el Seminario dictado hace algunos años en la EFBA por Ricardo Rodríguez Ponte titulado "Psicosis, la cuestión preliminar y otras cuestiones". Si las conclusiones de los autores me han incitado, han hecho de mí un lector agradecido.

¿Qué ponen en juego estos tres textos? Dan cuenta de un obstáculo estructural en el encuentro con las psicosis y que tiene que ver con un gesto segregativo de base, un gesto defensivo ante el horror y consistente en un muro que se levanta no sólo con ladrillos sino con ideas, con valores morales y hasta con teorías psicoanalíticas para separarnos del loco y parapetarnos en el axioma psiquiátrico por excelencia, subsumible en la frase muralla: "yo no tengo nada que ver con ese extraño ser que no tiene nada que ver conmigo". Y cuando digo axioma psiquiátrico, no lo digo en relación al título académico que regula una práctica, sino a una posición subjetiva que opera estructuralmente. Ante el loco, y por estructura, todos nos ubicamos en un punto, como alienistas.

Alienistas, expertos en el "alienus". Tal vez por nuestro alejamiento con el latín o por nuestra cercanía con la ciencia ficción, resuene más en nuestras cabezas la palabra "Alien", ese ser



de otra galaxia que intrusivamente se injertó en el mundo de los humanos; ese ser monstruoso, injertado en una nave espacial, ese ser inasimilable a nada de lo conocido, ese ser radicalmente diferente de todo lo que conocemos como lo humano, ese ser que nos angustia y aterra. Sin embargo, esa palabra "alien" reconoce sus orígenes en la lengua latina de la cual somos herederos.

El "alienus" latino implica varias acepciones, una de ellas es lo ajeno, lo que pertenece a otro; también implica lo extraño, lo extranjero, y de ahí lo enemigo y hostil. Pero lo que yo sí quería rescatar, es que en esta raíz, "Alien", es la forma en que al latín se volcó una palabrita griega, que es la palabra "Allós", que es otro, lo otro, lo que no soy yo, y es sinónimo en griego clásico de la palabra Heteron, que con el artículo neutro To Heteron, da "lo otro". Los griegos, sobre todo a partir de Platón, tenía una visión interesante en este punto, Platón lo que planteaba que es "lo otro", to heteron, lo que funda la identidad. En la medida en que yo me distingo de algo que no reconozco como mío, fundo una identidad.

Jean Paul Sartre escribió lo que originariamente iba a ser un prólogo para las obras completas de Jean Genet, mientras Genet estaba enaprisión purgando una condena a cadena perpetua. Sus ochocientas páginas dieron pie a un ensayo que bajo el título de "San Genet, comediante y mártir" hizo enmudecer a Genet durante seis años por la sensación de haber sido desnudado sin su consentimiento.

En términos generales, no acuerdo con la posición sartreana de generar un análisis existencial a partir de datos biográficos que explicarían, como determinantes, la obra de un artista. Es cierto, conocemos sus datos biográficos, sabemos de su condición de hijo ilegítimo, de niño expósito, de su historia carcelaria, de su cadena perpetua por más de diez causas acumuladas, de su pederastía, pero eso no explica al Genet autor.

Más aún, me simpatiza Genet por haberse sentido ofendido por Sartre, si bien ese tratado de Sartre le valió la cancelación de la pena carcelaria a perpetuidad y el acceso a la libertad, aunque no a sus derechos civiles. A raíz de ese episodio, Hemingway le comentó a Jean Cocteau: "Francia es imposible. La gente es imposible. Pero tienen suerte. En Norteamérica, al artista se lo ve como a una foca amaestrada, como a un payaso. Pero ustedes los franceses respetan tanto al artista que cuando dijeron "¡Cuidado, Genet es un genio!", la justicia se asustó y prefirió perdonarlo".

Lo cierto es que ese tratado de Sartre que produjo el perdón de la justicia, lo enmudeció a Genet y con razón. En una entrevista a Genet publicada en 1964 en la revista Play Boy, interrogado sobre el texto de Sartre, Genet dice:

"Me disgustó mucho porque me vi desnudado por alguien distinto. Yo me desnudo en mis



libros, pero al mismo tiempo me disfrazo con palabras, actitudes, ciertas elecciones, por medio de una cierta magia. Me las arreglo para no dañarme demasiado. Pero Sartre me desnudó sin ceremonias".

En efecto, al artista se lo conoce por sus obras. No hay otra forma.

Sin embargo, aún a pesar de disentir con la posición de Sartre, rescato un sesgo que sí me interesa compartir con ustedes porque hace a ese muro segregacionista que se alza ante el psicótico. En esa monumental obra, Sartre nos habla entre otras cosas de El Mal, para dar cuenta del posicionamiento subjetivo de Genet identificado al deyecto.

Nos dice: "El malvado es el Otro. Fugaz, hábil, marginal, el Mal sólo puede ser percibido con el rabillo del ojo y en los demás. Nunca es más perceptible que en tiempo de guerra: no conocemos al enemigo sino por comparación con nosotros mismos; imaginamos sus intenciones por las nuestras, le tendemos trampas en las que sabemos que caeríamos en su lugar y renunciamos a las que habríamos tendido; el enemigo es nuestro hermano gemelo, nuestra imagen en el espejo. Los mismos comportamientos que juzgamos buenos cuando son nuestros nos parecen detestables cuando son suyos." (…)

"Por desgracia, no se puede estar combatiendo siempre; de vez en cuando hay que hacer la paz. Para el tiempo de paz la sociedad, prudentemente, ha creado, si me atrevo a decirlo, malvados profesionales. Estos hombres de mal son tan necesarios para los hombres de bien como las prostitutas para las mujeres honradas: son abscesos de fijación. Por eso su reclutamiento es muy vigilado. Es necesario, en efecto, que sean malvados de nacimiento y sin esperanza de cambio. (…) Y como el Mal es negación, separación, desintegración, se irá a buscar sus representantes naturales entre los separados y los separatistas, entre los rechazados inasimilables e indeseables. Son candidatos los oprimidos y explotados de todas las categorías, los trabajadores extranjeros, las minorías sociales y étnicas."

Pero, sigue diciendo Sartre, como los segregados pueden llegar a organizarse entre ellos y adquirir conciencia de su raza o clase, el odio puede llegar a hacer que ellos mismos ubiquen el Mal en los opresores. Entonces, agrega:

"Por suerte, existen en nuestra sociedad productos de desasimilación, desperdicios: niños abandonados, pobres, burgueses venidos a menos, un "lumpenprolietariat", arruinados de todas las clases, en una palabra todos los miserables. Con éstos estamos tranquilos: no pueden agregarse a ningún grupo porque nadie los quiere; y como la soledad es su destino, tampoco tenemos que temer que se asocien entre ellos. Por eso, de una manera general, se les da preferencia"



Yo diría, que la locura, es el campo propicio para hacer de ella el reducto del mal porque tiene una ventaja sobre todos los otros desperdicios que cita Sartre. No sólo es tranquilizador saber que los locos no van a hacer grupo, sino que por ese muro segregacionista estructural, no se da la posibilidad de reconocernos en lo que ha quedado reducido como algo heterogéneo, como lo radicalmente otro, incluso como lo no humano.

A la locura, también como al Mal del que nos habla Sartre, siempre la miramos de reojo y siempre la miramos en otro. Una buena manera de alejarla de nosotros es verla en el otro y por si no fuera suficiente, haciendo del otro tomado por la locura, un alienus, un ser que nada tiene que ver con nosotros, un extranjero y llevado al paroxismo, hasta un enemigo pasible de ser exterminado.

Si esto nos tranquiliza, nos pensamos no teniendo nada que ver con eso y nos la creemos, tenemos la certeza de ser no locos las veinticuatro horas del día y despreocupadamente podemos odiar a los locos o amarlos samaritanamente, siempre y cuando conserven su lugar.

Sin embargo, ¿esa posición del alma bella, esa infatuación, el creérselas, la ley del corazón, no son los parámetros que Lacan ubicó para situar las coordenadas de la locura misma?

Aquí cabría recordar la sentencia de Blas Pascal invocada por Michel Foucault:

"Los hombres son tan necesariamente locos que sería estar loco de alguna otra manera el no estar loco".

Ustedes se preguntarán, y con justa razón, a dónde voy con todo esto. Aun con el riesgo de no poder dar una respuesta certera, a lo sumo diré que si no intentamos al menos derrumbar en algo ese muro segregacionista que nos separa y nos protege de la locura, es mejor no decir más nada, dejar al loco donde está y limitarnos a hacer con él beneficencia, alguna que otra actividad recreativa que nos tranquilice y que al mismo tiempo nos ratifique nuestro lugar de este lado del muro. Si no podemos reconocer, por nuestras propias resistencias subjetivas coaguladas en el muro segregacionista, que en el loco operan los elementos estructurales, si no reconocemos la operatividad del sujeto, del objeto a, del S1 y S2, de la transferencia, no veo qué tendríamos que hacer allí los psicoanalistas.

Ahora bien; se supone que hoy, si estoy en este panel, tendría que dar mis conclusiones sobre el caso de las hermanas Papin y las incidencias en la obra de Lacan y Genet. Lamento desilusionarlos. Más que conclusiones, tengo para ofrecerles mis incitaciones. Me contento con compartirlas. ¿Por qué? Porque no todo está dicho sobre ellas y porque no es mi



momento de concluir. Pero también porque en estos últimos años han aparecido en Francia nuevos documentos, han salido dos nuevas biografías de las hermanas Papin, amén de una película recientemente editada en Francia. Nuevos materiales que invitan a seguir investigando el tema. Cosa en la que estoy embarcádome.

Mi intención, es abrir el problema, insertarlo en la discusión y en el trabajo de la escuela, y en tal caso esta noche, debatir con ustedes lo que este caso nos propicia.

Partamos de los hechos. Una tarde de febrero, una tarde como tantas otras, algo rompió la rutina doméstica. Un miserable cortocircuito de una plancha que originó que saltaran los fusibles, hizo saltar los fusibles de estas sirvientas modelo. La mínima comunicación a la patrona bastó para que la señora avance en las escaleras hacia el lugar de Christine y este avance hiciera signo que precipitó el pasaje al acto. Christine y Léa las asesinan, las masacran, inundan la casa de sangre en un frenético paroxismo. De toda esta masacre, algo opera como metonimia de la carnicería: los globos oculares enucleados, hecho inédito en la historia de la criminología.

De ahí, la cara significante del acto: les arrancaron los ojos. Cara significante con la que se topan los primeros testigos ante el cuadro de la masacre. Cara significante, incluso lanzada por el otro puesto en función de público. ¿Pero este "arrancar los ojos" en qué las realiza subjetivamente a ellas?

Lo digo de otra manera. Aún en tanto la enucleación de los globos oculares como metonimia de la carnicería, tuviera algún efecto inductivo metafórico, ¿en quién hace impacto esa metáfora posible? ¿En ellas? De ninguna manera. En el público y nada más que en el público.

Es allí donde la enucleación leída como "arrancar los ojos" genera el efecto de metáfora desgastada del odio.

Tal como lo planteaba el Fiscal Procurador de la República, una de las voces del "se dice", arrancaron los ojos como desde hace 15 años venían arrancándoselos a los conejos que adereza para su cocina.

Parto entonces de una cuestión a mi gusto no puenteable y que hace a un distingo fuerte en lo que a puntos de abordaje concierne en las perspectivas entre la ficción teatral que la obra de Genet nos propone y el caso que impactó en el campo del psicoanálisis. Me refiero al odio, esa pasión del ser indisociable del amor, en tanto es su desembocadura.

En la pieza de Genet está muy acentuado, tanto como lo está ese amor admirado de Solange y Claire por la Señora. Lacan también hace referencia a él, aunque lo refiera a la ejecución



literalizante de la más sobada metáfora del odio: "Te arrancaré los ojos". Y sin embargo, la pregunta se alza: ¿se trata de odio?

En Genet, ese odio se entrelaza a un amor de dudosa estofa. Recuerdo una frase mínima que pinta de cuajo esa tensión agresiva que bajo un amor bastardeado proferían las sirvientas: "La señora es buena. La señora nos quiere… como a su sillón, como a su bidet, como a la porcelana rosada de su letrina".

Una y otra vez, en los interrogatorios de rigor durante el proceso, tanto Christine como su ensombrecida Léa repetían que ellas no odiaban a la Sra y a su hija. Una y otra vez decían que no estaban mal con ellas.

"No tenía ningún motivo para estar resentida con mis patronas", dice Christine en la primera indagatoria". En la segunda, a la pregunta sobre si odiaba a su patrona, dice "no; no la odiaba. ¡es falso!" A partir de ahí cae en el mutismo.

¿Renegación? ¿Coartada? ¿Por qué no pensar que una verdad a medias allí se decía? ¿Por qué no dar crédito a sus palabras?

No es odio, sino simplemente un acto reaccional ante la imagen de la Señora avanzando y fundamentalmente, ante una hija, Mlle Lancelin, que rápidamente se pone del lado de la madre.

Que ellas ataquen a la señora, creo que hay que tomarlo al pie de la letra. Dos años antes, una intervención de Mme Lancelin forjó un viraje en la relación de Christine y Léa con relación a Clémence Derée, su madre. Hasta ese momento, la madre las colocaba y las descolocaba en casas de familia. Todos sus sueldos eran destinados a la madre. Mme Lancelin rompe allí su marmórea posición de patrona. Se inmiscuye en la vida de ellas. Les plantea que no es bueno que todo el dinero que ellas ganas con su sudor –y bien que lo sabe Mme Lancelin- quede en poder de la madre. Esa mínima intervención bastó para que dejaran de ver a Clemence y hasta para mudar el apelativo de "mamá", por el de "señora". A partir de ese momento, en los escasísimos encuentros que tuvieron con CLeménce, la nombraban "señora". Y paradójicamente, -según los testimonios de una tía de las Papin- cuando estaban a solas, llamaban "mamá" a la Mme Lancelin.

Efectivamente, asesinaron a la ahora bautizada "señora". Si no se trata de odio, conviene pensar qué se jugó en la respuesta que el pasaje al acto presentifica. Insisto entonces, ellas asesinaron a la señora.

Creo que ese es el sesgo que a medias se perfila en los análisis marxistas del caso como



lucha de clases, reivindicación de las oprimidas ante los opresores. Tal vez se trataba de una forma de emanciparse de alguien que tenía dominio sobre ellas, de alguien que ejercía la maternidad en función de dominio personal. Esa imagen es la que hace signo, no como generador de odio alguno, sino como intento fallido de restituir una imagen fundante en una especularización no alcanzada.

Ahora bien. A pesar de los ingentes esfuerzos de los especialistas, de los alienistas intervinientes en el proceso, en el sentido de descartar toda traza de patología y de conferirles plena responsabilidad sin atenuante alguno en los hechos, el curso de los acontecimientos demostraría que efectivamente se había condenado inicialmente a la guillotina y a cadena perpetua a dos locas.

Christine desemboca en un franco cuadro esquizofrénico que la llevaría a la muerte. Léa, separada de su hermana, deja la sugestión de la locura ajena que la unía en una especie de folie a deux.

Creo que el texto de Allouch viene a rectificar esta muy aproximativa idea de la folie a deux de Léa y Chistine. Su tesis descentra los miembros de la cupla enloquecida, en tanto Léa como pasiva ante el agente activo de Christine, no hace dupla con ella. La folie a deux queda entonces centrada entre Crhstine y Cleménce, la madre. Ambas activas. Ambas perseguidas, ambas delirantes.

Entonces, vuelvo a la pregunta de partida. ¿Odio o intento fallido de un movimiento restitutivo de una tensión agresiva –índice de una identificación especular lograda- que nunca estuvo?

Como dije que no venía a plantear conclusiones, sino incitaciones, en tal caso, freno aquí para poder dar la palabra a la Sra Cristina Banegas, no sin antes referir una pequeña anécdota concerniente a Genet. No está testimoniada por él; forma parte más bien del "se dice".

Entonces, "se dice" que una vez, al final una de las representaciones de "Las Criadas" en la cual estaba Genet presente, una dama distinguida se acerca a él y le comenta que ella no tenía problemas con sus sirvientas. "Ellas están muy contentas conmigo. Les regalo todos los vestidos que ya no uso". Genet la mira, le sonríe y le dice: ¡Ah madame! ¡Me parece muy bien! ¿Pero ellas le regalan a usted los vestidos que ellas no usan?".